



Mención

---

# **Camino**s** abiertos para América Latina**

Adrián O. Ravier



Adrián O. Ravier (Buenos Aires, Argentina, 1978) es licenciado en Economía por la Universidad Nacional de Buenos Aires y doctor en Economía Aplicada por la Universidad Rey Juan Carlos de Madrid, además de que tiene un MBA de la Escuela Superior de Economía y Administración de Empresas de Argentina. Trabaja como profesor de Economía en la Escuela de Negocios de la Universidad Francisco Marroquín de Guatemala y en la Facultad de Ciencias Económicas y Jurídicas de la Universidad Nacional de La Pampa de Argentina. Colabora mensualmente con columnas en *Infobae*, el *Cato Institute* (en español), *Economía Para Todos* y *Libertad Digital*, así como en el blog *Punto de Vista Económico*. Es autor de *La globalización como un orden espontáneo* (2012) y *En busca del pleno empleo. Estudios de macroeconomía austriaca y economía comparada* (2011). Su correo electrónico es [aravier@ufm.edu](mailto:aravier@ufm.edu).

---

Dos grandes intelectuales clásicos de la economía política como Adam Smith y Karl Marx han enfatizado en sus escritos la defensa de la “libertad”. Sin embargo, el término recibe diferentes significados (Mazzina, 2007), y con ello el objetivo de estos y otros autores que luchan por la libertad se vuelve claramente contradictorio. Mientras el primero defendió la *libertad individual*, y con ello la economía de mercado, la propiedad privada y el gobierno limitado, el segundo defendió una noción de libertad consistente con los *derechos colectivos* de los trabajadores, atacando los principios básicos defendidos por el primero.

En cada país del globo parece haber *dos pueblos* separados por las ideas de estos autores; sin embargo, en Latinoamérica predomina una *mentalidad anticapitalista* (Mises, 1979). Uno de los posibles responsables de esta tendencia puede ser Eduardo Galeano, autor de *Las venas abiertas de América Latina* (1971), un libro de divulgación que habla de la economía política “en el estilo de una novela de amor o de piratas”, pero con ideas muy claras que merecen ser consideradas. El libro recibió la censura en varios países, lo cual no solo fracasó en limitar su lectura, sino que lo convirtió en un éxito rotundo. El mismo autor, explicó siete años después (1971, pág. 339) de su publicación inicial que “los comentarios más favorables que este libro recibió no provienen de ningún crítico de prestigio sino de las dictaduras militares que lo elogiaron prohibiéndolo. Por ejemplo, *Las venas* no puede circular en mi país, Uruguay, ni en Chile, y en la Argentina las autoridades lo denunciaron, en la televisión y los diarios, como un

instrumento de corrupción de la juventud”. Terminado aquel nefasto período de restricciones a las libertades individuales y a la libertad de expresión, *Las venas* hoy se puede comprar en cualquier librería. Lectores que jamás han leído un libro de historia, economía o política, se han visto envueltos por esta magnífica pluma, la que los atrapó y fue contagiándose de lector a lector, hasta formar parte de la *cultura anti-capitalista* que hoy predomina en la región.

Galeano ofrece en este *clásico latinoamericano* un recorrido por la historia de la región desde la conquista de América hasta los años 1970. Pero este no es solo un libro de historia, si bien se nutre del trabajo de numerosos y prestigiosos historiadores. El libro encuentra sentido como un estudio de economía política aplicada de la tradición marxista a los constantes saqueos de recursos naturales y capitales que ha sufrido el pueblo latinoamericano de parte de los imperios coloniales en los siglos XVI, XVII y XVIII, y de parte de los estados imperialistas, principalmente el Reino Unido y Estados Unidos, desde el siglo XIX en adelante.

El objetivo del libro es transmitir una tesis muy clara que podemos resumir en los siguientes cinco puntos:

1. Ha existido una continua política de saqueo desde la época de la Colonia hasta nuestros días.
2. Fue precisamente ese saqueo el que impulsó el mayor desarrollo relativo europeo respecto de Latinoamérica.
3. El orden económico vigente no es la consecuencia de un orden espontáneo, sino un orden generado a través de la planificación central americana, primero con el cuerpo de políticas gubernamentales, y luego con los tentáculos de las empresas multinacionales que saquean a todos los países en los que se introducen.
4. La culpa de nuestros males (pobreza, indigencia, desocupación extendida) es del mundo desarrollado. Nuestra pobreza es la contrapartida de la riqueza de los países centrales.
5. La única forma de interrumpir este proceso y darle esperanza a los pueblos latinoamericanos es a través de la violencia, expropiando la propiedad privada de los medios de producción a quienes han abusado de él.

Dice Galeano que escribió *Las venas* para difundir ideas ajenas y experiencias propias. Tal es así que el escritor uruguayo se nutre de una selección de autores, la mayoría de ellos historiadores, pero sin abandonar la economía y las ciencias políticas, para fundamentar su tesis.

Nuestra reseña crítica intentará justamente ahondar en su historia y su economía en la sección 2, en su política en la sección 3, pero comenzando primero por nuestra visión del mundo, la que tiene su origen justamente en los escritos de Adam Smith, y que se completa más tarde con otros autores de tradición escocesa (David Hume y Adam Ferguson), de la Escuela Austriaca (Ludwig von Mises, Friedrich Hayek, Murray Rothbard e Israel Kirzner), de la Escuela de la Elección Pública (James M. Buchanan) y finalmente aquellos que enfatizan el rol de las instituciones (Douglass North y Ronald Coase), por mencionar una cantidad de autores representativos.

## 1. Nuestra visión del mundo

La principal motivación para escribir este ensayo es que *Las venas* desafía el modo en que interpretamos el sistema capitalista. Tanto Marx como Galeano, y tantos críticos que se alinean detrás de ellos, hacen una caricatura del sistema que critican, y entonces el diálogo entre *nosotros* los defensores y *ellos* los críticos se vuelve imposible. Esto motiva que estas primeras páginas las destinemos justamente a definir el sistema que nos parece *ideal*, no porque pensemos que el mundo se comporta según estos lineamientos, sino porque pensamos que este es el *benchmark* que deberíamos intentar alcanzar a través de la política económica, atendiendo a las limitantes del actuar humano, sujeto a escasez de recursos, ilimitadas necesidades, problemas de conocimiento y problemas de incentivos. En ausencia de estas limitantes, *quizás* las distintas formas de intervencionismo y socialismo sean posibles y hasta deseables, *pero no lo son bajo estas limitantes, no en el mundo real*.

### 1.1 El egoísmo como punto de partida

Dice Galeano (1971, pág. 104) en *Las venas* que “en una sociedad socialista, a diferencia de la sociedad capitalista, los trabajadores ya no actúan urgidos por el miedo a la desocupación ni por la codicia. Otros motores –la solidaridad, la responsabilidad colectiva, la toma de conciencia de los deberes y los derechos que lanzan al hombre más allá del egoísmo– deben ponerse en funcionamiento. Y no se cambia la conciencia de un pueblo en un santiamén”.

Esto nos da a entender que Galeano guarda la esperanza de que el hombre cambie en un sentido que a nuestro modo de ver es imposible que ocurra. Para que el socialismo sea posible y deseable, el hombre debería “superarse” hacia un nivel de “solidaridad” y de ciertos valores que pongan a los fines de la sociedad por encima de los fines individuales. No son casuales las comillas sobre el término “solidaridad”, ya que con ello se intenta señalar que *bajo el socialismo la solidaridad no es voluntaria*, sino impuesta a todos los miembros de la sociedad, que deben aceptar que determinados fines superiores están por encima de sus voluntades y deseos, y que el fruto del trabajo que desarrollen será socializado más allá de sus preferencias.

Surgen entonces centenares de preguntas que los socialistas jamás han podido responder: ¿Quién define ese *set* de valores colectivos? ¿Quién define qué bienes y servicios deben ser producidos? ¿Cómo coordinamos a las millones de personas que se necesitan para llevar adelante esos procesos productivos con relativa eficiencia? ¿Quién define cómo deben ser distribuidos esos bienes y servicios? ¿Cómo resuelve el socialismo, en definitiva, el problema de conocimiento y el problema de los incentivos tan bien planteado por Mises (1922) y Hayek (1935; 1972)?

El sistema capitalista, al contrario del socialismo, es compatible con el egoísmo característico o inherente a los individuos que conforman la sociedad. Adam Smith (1776, pág. 402) decía que los individuos buscando su propio beneficio, de forma egoísta, logran un beneficio mayor que no era parte de sus intenciones. En palabras del autor, cada individuo “es conducido por una *mano invisible* a promover un fin que no entraba en sus intenciones. Mas no implica mal alguno para la sociedad que tal fin no entre a formar parte de sus propósitos, pues al perseguir su propio interés, promueve el de la sociedad de una manera más efectiva que si esto entrara en sus designios”.

Ayn Rand (1961) incluso escribió un libro para enfatizar *La virtud del egoísmo*, que definido como “la preocupación por el interés personal” implica que todo ataque contra el “egoísmo” es un ataque contra la autoestima del hombre. En otros términos, el progreso individual motiva e impulsa el progreso colectivo. Si un individuo no puede disfrutar de la riqueza generada, qué incentivo tendrá para producirla. Si todos disfrutamos de lo producido por todos, qué incentivos tenemos para esforzarnos, para innovar, para ser creativos. Esto es un vacío en la literatura socialista que solo encuentra como respuesta un mítico cambio de actitud en los individuos. Debemos insistir en que *la riqueza no es un stock que hay que repartir, sino un flujo que hay que crear*.

### 1.2 División del trabajo y cooperación social espontánea

Adam Smith resumía en el párrafo anterior un correcto entendimiento del *capitalismo puro* que aquí defendemos. Para ilustrarlo, piense el lector en los bienes y servicios que diariamente consume. Piense, por ejemplo, en algo tan simple como un lápiz. Leonard Read demostró en un artículo que hoy constituye un clásico que *nadie sabe realmente cómo producir un lápiz* (Read, 1996). Nadie es capaz de organizar o planificar el proceso de producción que hace posible algo tan simple como un lápiz. Y es que en realidad no es algo tan simple. Un lápiz contiene diversos elementos, como algo de madera, de pintura, de grafito, de metal o la mina. ¿Quién puede producir estos elementos? Absolutamente nadie. Millones de personas colaboran en la producción del lápiz, o de sus partes, y lo hacen de forma egoísta, descentralizada y coordinados de forma espontánea. Quien hoy está cortando un árbol con una sierra eléctrica no está pensando en el destino final de esa madera. Está pensando, solo, en la remuneración salarial que percibe por ese trabajo. Quien hoy transporta en un camión la madera hacia el aserradero tampoco tiene conocimiento del destino final de lo que transporta. Solo piensa en la remuneración que percibe. Quien vende la madera tampoco sabe el destino que el nuevo dueño le dará a esos insumos. ¿Será parte de una casa? ¿Serán muebles? ¿Serán lápices? No necesita saberlo. No desea saberlo. Solo busca que la venta del producto sea superior al costo total de producirlo. Esta búsqueda de retornos positivos que el empresario desarrolla a través de su función empresarial es lo que genera el desarrollo económico y el progreso.

¿Cómo es posible entonces este proceso de coordinación social espontáneo? La respuesta la encontramos en el *sistema de precios* (Hayek, 1945). A modo de ejemplo, piense el lector en el mercado de la soja, que hoy recibe demanda de ciertos consumidores en China y oferta de ciertas empresas agropecuarias en Estados Unidos y Argentina. Imagínese, solo a los efectos de ejemplificar, que la demanda de China se abastece 50% a través de la producción argentina y la otra mitad con la producción norteamericana. Ahora piense en lluvias insuficientes que arruinan las cosechas norteamericanas. La mala cosecha norteamericana implica una mayor escasez de soja a nivel global, que necesariamente impactará hacia arriba en su precio. Al subir el precio, esto comunica al productor en la Argentina que es una oportunidad para tomar la soja almacenada en el silo y venderla, puesto que hay una demanda insatisfecha. De este modo, observamos que el productor argentino recibió información a través de los precios de la mayor escasez de soja, lo cual le permitió actuar y satisfacer



la demanda china, aprovechando el desequilibrio que ocasionó el desastre natural.

La sociedad capitalista en tiempos modernos ha logrado hacer uso de los precios para asignar con relativa eficiencia los recursos escasos. Pero cuidado, que *eficiente* no significa *perfección* en el uso de los recursos. Muchos economistas lamentablemente confunden eficiencia con perfección. Aquí eficiencia es compatible con *incertidumbre y error*.

### 1.3 El cálculo económico y el significado de las ganancias y las pérdidas

Cuando dos personas realizan un intercambio surge un *precio monetario*. Y son esos precios monetarios los que permiten al empresario hacer *cálculo económico*. Brevemente, es solo mediante estos precios monetarios que el empresario puede realizar la práctica contable y saber si los consumidores valoran o no los bienes o servicios que produce. En otros términos, tal como vimos en el ejemplo, *los precios permiten que los individuos tomen decisiones como si tuvieran mucho más conocimiento del que realmente tienen, al tiempo, que en desequilibrio, proveen oportunidades de ganancias que estimulan un proceso de descubrimiento empresarial que produce información previamente desconocida* (Thomsen, 1989).

Si valoran su trabajo, el empresario recibirá *demanda* por su *oferta*, y entonces verá realizado su *precio esperado*, y percibirá *ganancias contables*. Si, por el contrario, el empresario no ve posibilidades de vender su producto, entonces deberá liquidar el *stock* a un precio menor, reduciendo su margen de ganancia y en ocasiones, incluso asumiendo *pérdidas contables*. Los beneficios positivos son un *premio* al empresario que asigna *eficientemente* los recursos. Los beneficios negativos o pérdidas son un *castigo* al empresario que asigna erróneamente los recursos.

En este sistema capitalista puro predomina entonces la *soberanía del consumidor*. Es el consumidor el que —a través de la demanda— le dice al empresario en qué dirección destinar los recursos. Si los destina en un sentido diferente al deseo del consumidor, entonces irá perdiendo esos recursos, los que se reasignarán en otras manos, a partir de las cuales tomarán un curso de acción diferente.

### 1.4 Competencia y monopolios

Es importante también diferenciar entre competencia perfecta y competencia real, siendo esta última rivalidad empresarial (Hayek, 1946). Históricamente los economistas han enfatizado el término *competencia* a través de ciertos desafortunados supuestos, como infinidad de oferentes y

demandantes, precios dados, información plena y homogeneidad de bienes y servicios. Sin embargo, cualquiera de estos aspectos que realmente se cumpla, implicaría justamente ausencia de competencia.

La competencia real se da entre un número finito de oferentes y demandantes, donde cualquiera que deje de ofrecer o demandar un producto alterará el precio. *En un mercado competitivo los precios nunca vienen dados, ni son fijados arbitrariamente. Se determinan precisamente a través de la oferta y la demanda.*

Tampoco tiene sentido hablar de competencia de bienes perfectamente homogéneos. Cada unidad monetaria que gastamos puede destinarse a comprar cualquier bien o servicio que compita en el mercado. *Todos los bienes y servicios heterogéneos compiten entre sí por las mismas unidades monetarias.*

Qué rivalidad empresarial puede haber si los competidores cuentan con información plena. En el mundo real, los empresarios compiten justamente para ver quién advierte antes que el resto que hay una demanda insatisfecha o un desequilibrio en un mercado.

Esto a su vez abre una fuerte crítica al sentido de *equilibrio* en el que se centra la mayor parte de la teoría económica. En un mundo en equilibrio, no habría función empresarial, pues todos los mercados estarían equilibrados. Justamente aparece la función empresarial cuando se advierten desequilibrios en el mercado.

Adam Smith (1776) explicaba correctamente, y los austriacos lo siguieron en tal aseveración, que existe en el mercado una tendencia al equilibrio, pero que este no puede alcanzarse. Las preferencias y valoraciones de los consumidores van cambiando constantemente, y también lo hacen los recursos escasos de los que disponemos. Adam Smith introduce entonces el concepto de *competidor potencial*. No importa cuántos competidores efectivos hay en un mercado, sino las *barreras legales de entrada y de salida* que prevalecen en ese mercado. Un mercado puede tener un único oferente efectivo y ser un mercado competitivo, si esa empresa logra abastecer competitiva y eficientemente a ese mercado. Por el contrario, un mercado puede contar con decenas de oferentes efectivos y ser un mercado no competitivo si se restringe el ingreso de nuevos competidores al mercado. Tal es el caso de las automotrices –al impedir el establecimiento de nuevas empresas o la simple importación de vehículos en tantos mercados– o las universidades –regulando contenidos y restringiendo el establecimientos de nuevas universidades privadas a través de los Ministerios de Educación– en prácticamente todos los países del mundo, donde constituyen un oligopolio.

Así definido notamos que no pueden surgir en este sistema capitalista puro ningún monopolio (Rothbard, 1962). Todas las tendencias observables marxistas de concentración de capital han quedado refutadas bajo la evidencia empírica –véase por ejemplo la dinámica del ranking anual de la revista *Fortune 500*–, pero también bajo la lógica, por su incompreensión de estos puntos. Una empresa líder que alcance mayor rentabilidad que la media en ese mercado difícilmente mantenga su posición una década más tarde, pues la competencia seguramente le habrá arrebatado mercado.

Donde aún quedan monopolios es en aquellos sectores en que el estado interviene y restringe la libertad económica y la competencia, como es el caso de los “monopolios naturales”, con los servicios “públicos”, esto es, la electricidad, el gas, el agua, el servicio de cloacas y la telefonía no inalámbrica. La razón de estos monopolios está en las *economías de escala*, lo cual ha sido discutido por una gran cantidad de autores.

Otro caso lo constituye la concesión de *patentes* y *copyrights* o *derechos de autor*, las que permiten a una empresa o autor disponer de un monopolio, justamente porque se limita la competencia.

Finalmente, el caso más común de monopolio es el que consiguen ciertos *pseudo-empresarios* a través del *lobby*, ganándose el favor del gobierno en lugar del favor del consumidor, consiguiendo privilegios y favores que restringen la competencia. El lector debe saber reconocer que bajo un capitalismo puro no debería haber lugar para estos pseudo-empresarios, pues el gobierno tendría limitadas funciones que le impedirían jugar este rol de favorecer a empresarios a costa del consumidor.

### *1.5 Nación y rol del estado*

Cabe entonces analizar qué rol le otorga un liberal al estado y qué significado le otorga a la nación. Al respecto, me parece que la mejor representación la encontramos en la filosofía política de Ludwig von Mises, quien “ve en el intento de la definición de fronteras un obstáculo para la expansión de la cooperación social (...) Los estados, en última instancia, para Mises, no eran más que unidades administrativas. Las fronteras no eran más que divisiones del trabajo administrativo y no debían impedir la libre entrada y salida de capitales y de personas, cuestión clave en ese liberalismo internacionalista de Mises. Ser de tal nación o tal otra no tenía por qué definir una frontera ni estas eran en absoluto importantes para ello. Este es uno de los sueños más nobles de los liberales internacionalistas, con Kant a la cabeza, que a veces nos preguntamos, no si es económicamente

posible o deseable (desde luego que sí), sino si es psicológicamente posible” (Zanotti, 2010, págs. 125-126).

En otras palabras, siguiendo a Adam Smith (1776), la *división internacional del trabajo* y la *cooperación social* alcanzan su máxima expresión cuanto más extenso es el mercado. Y será más extenso el mercado, cuantas más personas y territorios comprenda, y cuanto más diferentes sean éstos, pues se aprovechará la *complementariedad* que existe entre todos estos recursos, sean naturales o humanos.

En otro lugar, definí a la globalización como “aquel proceso que surge espontáneamente en el mercado y que actúa desarrollando una progresiva división internacional del trabajo, eliminando restricciones a las libertades individuales, reduciendo costos de transporte y de comunicación e integrando progresivamente a los individuos que componen la gran sociedad” (Ravier, 2012, pág. 76). Es importante reparar en el hecho de que este proceso que Galeano observa como una acumulación de saqueos, nosotros lo identificamos como la base del progreso y el desarrollo.

Dicho esto, uno de los roles claves del *estado limitado* en este sistema capitalista puro es proteger la *propiedad privada*. Y me permito aquí hacer una *defensa utilitarista* de la propiedad, tal como lo hizo Mises (1927), en el sentido de que esta es *necesaria* para que haya progreso. Decíamos más arriba que el cálculo económico solo es posible a través de los precios, pues debemos advertir también que los precios solo serán posibles en una economía pura de mercado donde exista propiedad privada de los medios de producción.

Esta es la crítica devastadora sobre el socialismo que enfatizaron Ludwig von Mises (1922) y Friedrich Hayek (1935; 1972) y que al día de hoy permanece sin respuesta. Sin propiedad privada de los medios de producción, no habrá mercados para esos medios de producción. Sin mercados para esos medios de producción, no habrá precios para los medios de producción. Si no tenemos precios para esos medios de producción, no habrá posibilidad de hacer cálculo económico, y con ello el empresario no podrá asignar con un mínimo de eficiencia los recursos, resultando entonces en un caos económico que no podrá sobrevivir en el tiempo. De ahí el fracaso del socialismo, *en todas sus formas* –el socialismo real o de las economías de tipo soviético, el socialismo democrático o socialdemocracia, el socialismo conservador o de derecha, la ingeniería social o el socialismo cientista, el cristiano-socialismo, sindicalista, etc–, cada vez que se le intentó aplicar (Huerta de Soto, 1992, págs. 136-147).

Aquí los austriacos enfatizan el *problema del conocimiento*. Si entendemos el problema económico como un problema de conocimiento acerca de cuáles bienes y servicios deben ser producidos, entenderemos que ese conocimiento está disperso en las millones de personas que conviven en la sociedad. ¿Puede un líder socialista advertir qué bienes y servicios necesitan las personas? La respuesta es negativa, ya que en ausencia de precios tal conocimiento está ausente. Es justamente a través de la demanda que este conocimiento es revelado a las empresas (Huerta de Soto 1992; Ravier, 2011).

### *1.6 Fallas de mercado y fallas del estado*

No podemos cerrar esta primera sección sin una breve pero importante referencia a las fallas de mercado (Cowen, 1988). Se asume que el gobierno debe asumir varios roles y los argumentos que los economistas han utilizado van desde los bienes públicos hasta las externalidades y desde las asimetrías de información hasta los monopolios o la necesaria redistribución del ingreso. Sin embargo, ninguno de estos argumentos escapa a la ambigüedad o la arbitrariedad.

Numerosos bienes y servicios cumplen con las condiciones de no rivalidad y no exclusión, y sin embargo, no deben ser necesariamente provistos por el estado. Numerosas acciones de ciertas personas generan externalidades positivas y negativas sobre terceros, y eso no amerita en todos los casos la *acción del estado*. (Coase, 1960) En qué casos sí debe haber intervención y en qué casos no, es una cuestión puramente arbitraria, como de hecho probó Ronald Coase en el famoso debate con Samuelson sobre el caso del faro (Coase, 1974).

Más arriba hemos tratado las condiciones bajo las cuales surgen los monopolios, lo que debiera dejar claro que el estado, más que evitarlos, los genera y multiplica. Finalmente, debemos comprender que el mercado distribuye los recursos en función de quienes los producen, y que redistribuirlos solo pueda perjudicar los incentivos a seguir produciéndolos, al tiempo que es difícil escaparle a los criterios arbitrarios a los que están atados los políticos.

Los economistas deberán seguir buscando argumentos para definir formalmente el rol del estado, si es que cabe para esta institución que monopoliza la fuerza alguna función objetiva.

Por otro lado, aun cuando se acepta que estas fallas de mercado existen, es muy probable que el estado carezca del conocimiento y de los incentivos para corregirlas. La Escuela de la Elección Pública, encabezada por James M. Buchanan, ha hecho un aporte único al enfrentar a las fallas

de mercado, las *fallas del estado*, diferenciando entre democracia limitada e ilimitada y volviendo una vez más sobre el rol de los incentivos y sobre la necesidad de limitar y controlar al poder (Ravier, 2009).

## 2. Análisis histórico y económico de *Las venas abiertas de América Latina*

Decíamos en la introducción que Galeano desafía en *Las venas abiertas de América Latina* nuestra interpretación del mundo expuesta en la primera sección. A continuación veremos en qué sentido lo hace, qué elementos fundamentales nos aporta y si la historia refuta parte del análisis teórico desarrollado.

He tenido siempre la impresión de que la historia como disciplina se encuentra vacía de contenido si no se respalda el estudio en algún enfoque de economía política como el que recién resumimos. Dicho en otros términos, el historiador que intenta ser *objetivo* solo puede relatar *hechos*, pero en ausencia de una teoría económica general, y de carácter universal, no podrá otorgar a ellos ninguna *causalidad*. El historiador debe entonces intentar algo más que el simple relato de los hechos, y debe estudiar por qué ocurrieron y qué factores los desencadenaron. De este modo, el trabajo del historiador despierta la pasión de sus lectores, y se abren interrogantes sobre los cuales los científicos sociales debemos *debatir, con mente abierta y sentido crítico*, dispuestos incluso a replantearnos nuestras premisas teóricas, pero también dispuestos a cruzar a la vereda de las otras disciplinas que muchas veces completan nuestras explicaciones (Mises, 1957).

El trabajo de Galeano es en este sentido un buen trabajo historiográfico. Sus anteojos son marxistas, y entonces lee la historia bajo esa lente. Las críticas que desarrollaremos no son entonces críticas al propio Galeano, sino a su padre intelectual, y solo de forma secundaria, a quienes han elegido continuar con aquella tradición.

Pienso que el lector verá claro nuestros desacuerdos con el autor, pero debemos insistir en que este libro sea estudiado –no solo leído– por todos los latinoamericanos, sean estos seguidores de Adam Smith o del mismo Marx, porque *este libro representa el sentimiento del latinoamericano medio* –si tal cosa existiera– para con el sistema económico, político y social que nos acompaña.

Dicho esto, me parece que uno de los mayores errores del libro radica justamente en mostrar una *continuidad* desde el saqueo que implicó la colonización europea de América hasta la América Latina contemporánea.

En palabras del propio Galeano (1971, págs. 22-23), “[L]a historia es un profeta con la mirada vuelta hacia atrás: por lo que fue, y contra lo que fue, anuncia lo que será. Por eso en este libro, que quiere ofrecer una historia del saqueo y a la vez contar cómo funcionan los mecanismos actuales del despojo, aparecen los conquistadores en las carabelas y, cerca, los tecnócratas en los jets, Hernán Cortés y los infantes de marina, los corregidores del reino y las misiones del Fondo Monetario Internacional, los dividendos de los traficantes de esclavos y las ganancias de General Motors”.

Nosotros pensamos, sin embargo, que no es lo mismo el claro saqueo de metales preciosos –en particular en la forma de oro y plata– generado por los conquistadores en los siglos XVI, XVII y XVIII, que el supuesto saqueo que hacia fines del siglo XX pudieron generar empresas multinacionales como General Motors. Siguiendo la línea argumentativa de la primera sección, si bien en el saqueo de metales había un *juego de suma cero*, donde lo que ganaban unos –los conquistadores–, lo perdían otros –los indígenas–, en un intercambio voluntario solo puede haber un *juego de suma positiva*, de otro modo tal intercambio no se realizaría (Ayau, 2006).

Aislar a cualquier economía latinoamericana del proceso de globalización ya definido más arriba, solo condenará al pueblo a la pobreza, pues perderá este los beneficios de la división internacional del trabajo y la cooperación social espontánea.

Aceptamos, en otro lugar, que una economía pequeña y abierta puede recibir shocks externos producidos por políticas económicas ajenas al gobierno de una nación (Ravier, 2010), pero el aislamiento representa un costo mucho mayor en la búsqueda del bienestar.

### 2.1 La conquista de América

El trabajo de Galeano está muy bien documentado. Lejos de ser un *idiota* –como se calificara su visión en el libro de Plinio Apuleyo Mendoza, Carlos Alberto Montaner y Álvaro Vargas Llosa (1996)–, el autor de *Las venas* es un gran lector. Y esto hace que no sea fácil hacer una crítica general de su libro, porque de hecho uno debe coincidir –a mi modesto modo de ver– con gran parte de su estudio. Especialmente, en lo que refiere al maltrato que los conquistadores ejercieron sobre los indígenas.

Citando a Gonzalo Fernández de Oviedo (1959), en su *Historia general sobre las Indias*, Galeano (1971, pág. 31) nos recuerda que “los indígenas fueron completamente exterminados en los lavaderos de oro, en la terrible tarea de revolver las arenas auríferas con el cuerpo a medias sumergido en el agua, o roturando los campos hasta más allá de la extenuación, con la



espada doblada sobre los pesados instrumentos de labranza traídos desde España. Muchos indígenas de la Dominicana se anticipaban al destino impuesto por sus nuevos opresores blancos: mataban a sus hijos y se suicidaban en masa”.

El autor (1971, pág. 33) nos recuerda que “[h]abía de todo entre los indígenas de América: astrónomos y caníbales, ingenieros y salvajes de la Edad de Piedra. Pero ninguna de las culturas nativas conocía el hierro ni el arado, ni el vidrio ni la pólvora, ni empleaba la rueda. La civilización que se abatió sobre estas tierras desde el otro lado del mar vivía la explosión creadora del Renacimiento: América aparecía como una invención más, incorporada junto con la pólvora, la imprenta, el papel y la brújula al bullente nacimiento de la Edad Moderna. El desnivel de desarrollo de ambos mundos explica en gran medida la relativa facilidad con que sucumbieron las civilizaciones nativas”.

Este desnivel, sin embargo, puede ser puesto en duda por un aspecto que se le ha escapado a Galeano en su libro, el cual es la destrucción de los manuscritos antiguos mayas en 1672, por parte de Diego de Landa, obispo de Su Majestad Católica. El hecho ocasionó un daño irreparable al acervo cultural de esta civilización.

Es cierto, sin embargo, que los indígenas fueron, al principio, derrotados por el asombro, aunque las enfermedades europeas hicieron lo suyo, recorriendo América incluso más rápido que los conquistadores. De otro modo no se puede comprender que la capital de los aztecas, Tenochtitlán, que era por entonces cinco veces mayor que Madrid y duplicaba la población de Sevilla, la mayor de las ciudades españolas, hayan caído ante el escaso número de marineros, soldados y caballos que desembarcaban en América.

Los metales fueron la gran atracción de los conquistadores, pero donde no consiguieron oro o plata utilizaron a los indígenas como esclavos para explotar la tierra y llevarse alimentos.

En Potosí, sin embargo, hubo un auge en la explotación de Plata, que permitió que incluso las herraduras de los caballos fueran de ese metal. Potosí se convirtió en “el nervio principal del reino”, y rápidamente fue la ciudad de los excesos.

El flujo de la plata alcanzó dimensiones gigantescas. Entre 1503 y 1660 llegaron al puerto de Sevilla 185 mil kilos de oro y 16 millones de kilos de plata, sin contabilizar el contrabando. La plata transportada a España en poco más de un siglo y medio excedía tres veces el total de las reservas europeas.



Pero la extracción de metales y el maltrato a los indígenas no fue el fin de la historia. Los colonizadores avanzaron también en el frente de los alimentos, continuando con la explotación, lo que ha conducido a Galeano a estudiar el “oro blanco”, esto es, las plantaciones de azúcar, además de otros productos agrícolas.

El “oro blanco” no se cosechaba en América hasta la llegada de Colón. Cuenta Galeano que, en su segundo viaje, Colón trajo a América raíces de caña de azúcar, desde las Islas Canarias, y las plantó en las tierras que hoy ocupa la República Dominicana. Durante casi tres siglos a partir del descubrimiento de América, no hubo, para el comercio de Europa, producto agrícola más importante que el azúcar. La cosecha se fue extendiendo poco a poco a otras tierras, especialmente a las islas del Caribe –Barbados, Jamaica, Haití, Guadalupe, Cuba, Puerto Rico– y Veracruz y la costa peruana resultaron sucesivos escenarios propicios para la explotación, en gran escala, del “oro blanco”.

Aquellos eran tiempos de esclavitud, lo que permitió que inmensas legiones de esclavos llegaran desde África para proporcionar, “al rey azúcar, la fuerza de trabajo numerosa y gratuita que exigía: el combustible humano para quemar” (Galeano, 1971, pág. 83).

Galeano expone entonces un salto lógico incomprensible, al menos para quien escribe estas líneas, señalando que de aquella “plantación colonial, subordinada a las necesidades extranjeras y financiada, en muchos casos, desde el extranjero, proviene en línea recta el latifundio de nuestros días. Este es uno de los cuellos de botella que estrangulan el desarrollo económico de América Latina y uno de los factores primordiales de la marginación y la pobreza de las masas latinoamericanas. El latifundio actual, mecanizado en medida suficiente para multiplicar los excedentes de mano de obra, dispone de abundantes reservas de brazos baratos. Ya no depende de la importación de esclavos africanos ni de la ‘encomienda’ indígena. Al latifundio le basta con el pago de jornales irrisorios, la retribución de servicios en especies o el trabajo gratuito a cambio del usufructo de un pedacito de tierra; se nutre de la proliferación de los minifundios resultado de su propia expansión, y de la continua migración interna de legiones de trabajadores que se desplazan, empujados por el hambre, al ritmo de la zafra sucesivas” (Galeano, 1971, pág. 84).

Quienes defendemos la libertad, no podemos más que suscribir gran parte del análisis que Galeano presentó arriba. Y es que el liberal, fuera de la caricatura que la izquierda muchas veces hace del liberalismo –y de su

expresión económica en el capitalismo—, jamás aceptará o apoyará el ataque de ciertos hombres o “conquistadores” a la vida, la libertad y la propiedad de las personas. Debe quedar claro que las atrocidades desarrolladas contra el pueblo indígena son condenadas por todos, socialistas y capitalistas, lo mismo que la esclavitud.

Un famoso libertario como Murray Rothbard (1982, pág. 119), en su famoso libro *La ética de la libertad*, analiza el problema de la siguiente manera: “Ya hemos indicado que solo existe una solución moral para el problema de la esclavitud: su abolición inmediata, incondicional, sin compensación para los dueños de los esclavos. En realidad, debería darse una compensación de signo opuesto: habría que recompensar a los esclavos de los oprimidos por el tiempo pasado en esclavitud. Una parte sustancial de esta compensación podría consistir en ceder las plantaciones no a los esclavistas, que apenas tenían títulos legítimos de propiedad, sino a los esclavos mismos, cuyo trabajo —según nuestro principio de ‘colonización’— se había mezclado con la tierra para trabajar para poner en marcha los campos de cultivo. En síntesis, y como conclusión final, la elemental justicia libertaria exige no solo la inmediata liberalización de los esclavos, sino la restitución a éstos, sin dilaciones, y sin compensaciones para los antiguos dueños, de las plantaciones que habían trabajado y regado con el sudor de su frente.”

Dicho esto, y reconociendo los efectos perdurables que la conquista dejó en la región, no podemos cruzarnos de brazos y asignar a ello todos nuestros males del siglo XXI. Esto no implica desconocer nuestra historia. Reconocemos que la integración entre los conquistadores y los indígenas pudo y debió haber sido pacífica, quizás ocupando los conquistadores aquellas tierras que al momento de la llegada al Nuevo Mundo aún no habían sido trabajadas por los “americanos”, o mediante intercambios voluntarios como los que afortunadamente caracterizan al comercio moderno. Pero pensamos que los europeos del siglo XXI no son culpables de aquellas atrocidades, ni los ocupantes de esta nueva América somos responsables de lo que nuestros abuelos han hecho masacrando generaciones de indígenas.

Pensamos, más bien, que América Latina ha fracasado en integrarse al mundo, y en parte, su principal causa obedece a la dialéctica que Galeano esboza en este libro reseñado y que predomina en la región, respecto de lo que esta división internacional del trabajo nos viene haciendo al saquearnos nuestros recursos. Por el contrario, pensamos que la miseria

proviene justamente de este fracaso, y que la única salida a esa situación está en integrarnos al mercado mundial, esto es, al *proceso de globalización* que tantas barreras ha logrado destruir (Ravier, 2012).

Galeano (1971, págs. 84-85) insiste que “[a]l integrarse al mercado mundial, cada área conoció un ciclo dinámico; luego, por la competencia de otros productos sustitutivos, por el agotamiento de la tierra o por la aparición de otras zonas con mejores condiciones, sobrevino la decadencia. La cultura de la pobreza, la economía de subsistencia y el letargo son los precios que cobra, con el transcurso de los años, el impulso productivo original”.

Claro está que la mayor oferta o la menor demanda de cualquiera de estos cultivos deprime su precio, mientras la mayor escasez, o la mayor demanda, lo incrementa. Este es precisamente el incomprendido juego de la oferta y la demanda que gobierna el mundo. Y está claro también que la dependencia de estos monocultivos cambiaría radicalmente si se optara por una política más abierta, como muestra en nuestra región el caso de Chile, que rompió su dependencia del cobre diversificando sus productos exportables, o fuera de la región, el caso de China, tras abandonar el aislamiento e integrarse a la Organización Mundial de Comercio.

Claro está también que en un mundo donde el dólar es la moneda de referencia –administrado en forma monopólica por el Banco Central estadounidense–, y donde todos los precios se determinan en esa moneda para los intercambios comerciales internacionales, las variaciones en las cantidades del circulante o las subas y bajas en los tipos de interés, impondrán sucesivos ciclos económicos y variarán los precios de estos *commodities* (Ravier, 2010). Ahora mismo América Latina experimenta el fin de un auge en los precios de los *commodities* que aceleró las tasas de crecimientos de cada uno de los países de la región. Que los precios caigan en breve, desde luego que no es la consecuencia del sistema capitalista puro descrito en la primera sección, sino del imperfecto sistema monetario y monopólico que gobierna hoy el mundo.

Galeano (1971, pág. 90) concluye que “[l]a división internacional del trabajo no se fue estructurando por mano y gracia del Espíritu Santo, sino por obra de los hombres, o, más precisamente, a causa del desarrollo mundial del capitalismo”, Y en esto guarda plena razón. No creemos en el determinismo. Pensamos que las ideas tienen consecuencias, y que América Latina solo logrará un cambio en la medida que abandone esta mentalidad anti-capitalista que nos gobierna. Luego, bajo un *marco de libertad e igualdad*

*ante la ley*, será responsabilidad de cada individuo elegir que función quiere tomar en el juego de la vida y también del comercio.

## 2.2 *El desarrollo europeo versus la ruina de España y Portugal*

Como dice Galeano (1971, págs. 41-42), “[l]os españoles tenían la vaca, pero eran otros quienes bebían la leche. Los acreedores del reino, en su mayoría extranjeros, vaciaban sistemáticamente las arcas de la Casa de Contratación de Sevilla. (...) La Corona estaba hipotecada. Cedía por adelantado casi todos los cargamentos de plata a los banqueros alemanes, genoveses, flamencos y españoles. También los impuestos recaudados dentro de España corrían, en gran medida, esta suerte: en 1543, un 65 por ciento del total de las rentas reales se destinaba al pago de las anualidades de los títulos de deuda. (...) Aquel imperio rico tenía una metrópoli pobre, aunque en ella la ilusión de la prosperidad levantara burbujas cada vez más hinchadas: la Corona abría por todas partes frentes de guerra mientras la aristocracia se consagraba al despilfarro y se multiplicaban, en suelo español, los curas y los guerreros, los nobles y los mendigos, al mismo ritmo frenético en que crecían los precios de las cosas y las tasas de interés del dinero. La industria moría al nacer en aquel reino de los vastos latifundios estériles, y la enferma economía española no podía resistir el brusco impacto del alza de la demanda de alimentos y mercancías que era la inevitable consecuencia de la expansión colonial”.

Cuánta razón lleva Galeano en este análisis de las colonias españolas y portuguesas, advirtiendo que aquellos tiempos de exceso fueron quizás determinantes para siempre en el mayor retraso relativo de España y Portugal respecto del resto de Europa.

“La ruina lo abarcaba todo. De los 16 mil telares que quedaban en Sevilla en 1558, a la muerte de Carlos V, solo restaban cuatrocientos cuando murió Felipe II, cuarenta años después. Los siete millones de ovejas de la ganadería andaluza se redujeron a dos millones. (...) Hacia 1700, España contaba ya con 625 mil hidalgos, señores de la guerra, aunque el país se vaciaba: su población se había reducido a la mitad en algo más de dos siglos, y era equivalente a la de Inglaterra, que en el mismo período la había duplicado. 1700 señala el fin del régimen de los Habsburgo. La bancarrota era total. Desocupación crónica, grandes latifundios baldíos, moneda caótica, industria arruinada, guerras perdidas y tesoros vacíos, la autoridad central desconocidas en las provincias” (Galeano, 1971, pág. 45-46).

Lo dicho es consistente con la exposición que Murray N. Rothbard (1995, pág. 53) hace en su *historia del pensamiento económico* al tratar las consecuencias del mercantilismo en España: “La aparente prosperidad y esplendoroso poder de España en el siglo XVI resultó ser al fin y al cabo una ficción y una ilusión. Ya que se alimentó casi completamente con el flujo de plata y oro proveniente de las colonias españolas del Nuevo Mundo. A corto plazo, el flujo de metal aportó fondos con los que los españoles pudieron comprar y disfrutar de los productos del resto de Europa y Asia; pero a la postre la inflación de los precios acabó con esta ventaja temporal. La consecuencia fue que, cuando en el siglo XVII se interrumpió la afluencia de metal, poco o nada quedó en pie.”

Disiento quizás en un detalle, concretamente en que los conquistadores hayan sumado a sus *innovaciones* a las Américas. Me parece, más bien, que la guerra, la lucha y la conquista que caracterizó a Europa durante siglos se extendieron hacia América, una vez descubierta esta. De hecho, mientras los conquistadores españoles destruían sin pausa a los imperios de los Incas, Aztecas y Mayas, se abrió otra lucha europea, ahora por la conquista del mercado español.

### 2.3 América dio el impulso que necesitaba la Revolución Industrial

Hacia fines del siglo XVIII Francia logró el dominio del continente europeo, mientras los británicos controlaban los mares. Fue precisamente bajo la debilidad española que surgen en toda América diversas revoluciones y declaraciones de Independencia.

Galeano toma un extracto de *El Capital* de Karl Marx para señalar otra tesis que merece nuestra atención: “El descubrimiento de los yacimientos de oro y plata de América, la cruzada de exterminio, esclavización y sepultamiento en las minas de la población aborigen, el comienzo de la conquista y el saqueo de las Indias Orientales, la conversión del continente africano en cazadero de esclavos negros: son todos hechos que señalan los albores de la era de producción capitalista. Estos procesos idílicos representan otros tantos *factores fundamentales* en el movimiento de la *acumulación originaria*” (Galeano, 1971, pág. 45).

Y luego cita el *Tratado de economía marxista* de Ernest Mandel para señalar “que esta gigantesca masa de capitales creó un ambiente favorable a las inversiones en Europa, estimuló el ‘espíritu de empresa’ y financió directamente el establecimiento de manufacturas que dieron un gran impulso a la revolución industrial. *Pero, al mismo tiempo, la formidable concentración internacional de la riqueza en beneficio de Europa impidió, en las regiones*

*saqueadas, el salto a la acumulación de capital industrial.* ‘La doble tragedia de los países en desarrollo consiste en que no solo fueron víctimas de ese proceso de concentración internacional, sino que posteriormente han debido tratar de compensar su atraso industrial, es decir, realizar la acumulación originaria de capital industrial, en un mundo que está inundado con los artículos manufacturados por una industria ya madura, la occidental’” (Mandel, 1969; citado por Galeano, 1971, pág. 47).

Esta tesis, sin embargo, debe ser confrontada con los trabajos de Deirdre McCloskey (2010a), quien ha trabajado en profundidad las causas del crecimiento económico de Europa identificando como aspecto fundamental *el cambio en las ideas y en la retórica*. No fue una mayor aceptación de los burgueses lo que marcó una diferencia, sino un cambio drástico en las opiniones de las personas en cuanto a la clase burguesa como propulsora del crecimiento económico. En el momento en que se les empezó dar más espacio y dignidad a los mercaderes e inventores, una mayor cantidad de innovaciones comenzaron a florecer. Esta nueva forma de pensar sustituyó el antiguo pensamiento de izquierda que castigaba la innovación y la empresarialidad, atribuyendo al mercado las culpas de una clase trabajadora miserable. Según la autora, los drásticos cambios económicos y materiales no fueron producto únicamente de algún cambio comercial importante, ni del crecimiento de cierta clase social, como se mencionó anteriormente. Lo que determinó en gran parte el crecimiento fue la comunicación con respecto a las virtudes humanas ejercidas en una sociedad comercial, especialmente a través de las conversaciones sobre mercados e innovación. McCloskey (2010b) defiende que los cambios en la producción no pudieron ser por sí solos responsables de un cambio endógeno tan significativo en el crecimiento; de igual forma rechazó la “acumulación material” propuesta por Marx y otras explicaciones como el “nuevo institucionalismo”, el imperialismo, o la avaricia. Esta importante atribución al lenguaje, la persuasión y las ideas, no desplaza ni niega las convencionales explicaciones económicas, pero sí representa un elemento relevante como causal de la expansión del crecimiento económico en Europa (McCloskey, 2010c). El inherente poder creativo del lenguaje, sumado a otras virtudes como prudencia, templanza, justicia y esperanza, desafió el análisis económico y le dio un enfoque más humanístico, resaltando que las simples conversaciones son la base de los grandes descubrimientos (McCloskey 2010b). Este es precisamente el cambio que América Latina debe completar para abandonar la miseria. Y es un cambio pacífico que implica el abandono del anti-capitalismo, como venimos señalando desde varias páginas atrás.

2.4 *La solución para América Latina es la violencia y Cuba es el ejemplo*

Quizás sorprenda al lector que Galeano suscriba las siguientes palabras de Josué de Castro: “Yo, que he recibido un premio internacional de la paz, pienso que, infelizmente, no hay otra solución que la violencia para América Latina.”

Contra el imperialismo, pero también contra la voluntad de los propios cubanos, Galeano (1971, págs. 102-103) suma palabras de apoyo para el socialismo y su expresión en la Revolución cubana: “Cuando la revolución conquistó el poder, según Fidel Castro, la mayoría de los cubanos no era ni siquiera antiimperialista. Los cubanos se fueron radicalizando junto con su revolución, a medida que se sucedían los desafíos y las respuestas, los golpes y los contragolpes entre La Habana y Washington, y a medida que se iban convirtiendo en hechos concretos las promesas de justicia social. Se construyeron ciento setenta hospitales nuevos y otros tantos policlínicos y se hizo gratuita la asistencia médica; se multiplicó por tres la cantidad de estudiantes matriculados a todos los niveles y también la educación se hizo gratuita; las becas benefician hoy a más de trescientos mil niños y jóvenes y se han multiplicado los internados y los círculos infantiles. Gran parte de la población no paga alquiler y ya son gratuitos los servicios de agua, luz, teléfono, funerales y espectáculos deportivos. Los gastos en servicios sociales crecieron cinco veces en pocos años.”

No cabe duda de que en un primer momento, en el cortísimo plazo, la socialización de los medios de producción, o la socialización de la riqueza en general, atrae beneficios para ciertos sectores. Algo semejante ocurrió en Rusia ante la implementación del socialismo. Pero con el tiempo los problemas aparecen.

Se sincera al respecto Galeano (1971, pág. 103): “Pero ahora que todos tienen educación y zapatos, las necesidades se van multiplicando geométricamente y la producción solo puede crecer aritméticamente. La presión del consumo, que es ahora consumo de todos y no de pocos, también obliga a Cuba al aumento rápido de las exportaciones, y el azúcar continúa siendo la mayor fuente de recursos.”

Galeano (1971, pág. 102) advierte que “[l]a revolución descubrió, entonces, que había confundido al cuchillo con el asesino. El Azúcar, que había sido el factor del subdesarrollo [en manos del imperialismo], pasó a convertirse en un instrumento del desarrollo [en manos de la revolución cubana]. No hubo más remedio que utilizar los frutos del monocultivo y la dependencia, nacidos de la incorporación de Cuba al mercado mundial, para romper el espinazo del monocultivo y la dependencia”.



“En verdad”, reconoce Galeano (1971, pág. 104), “la revolución está viviendo tiempos duros, difíciles, de transición y sacrificio. Los propios cubanos han terminado de confirmar que el socialismo se construye con los dientes apretados y que la revolución no es ningún paseo.”

Nosotros pensamos que el camino tomado por Cuba no solo no trajo la libertad del pueblo, sino que lo esclavizó en la miseria innecesaria, esclavitud que además se profundiza por la imposibilidad de los isleños de abandonar su país. Si bien más arriba criticamos el aporte de Plinio Apuleyo Mendoza, Carlos Alberto Montaner y Álvaro Vargas Llosa (1996) por calificar de “idiota” al pensamiento de Galeano en este libro, no podemos dejar de coincidir con la enorme evidencia empírica en contra de los argumentos aquí vertidos, y de los resultados alcanzados por la revolución cubana.

La reseña de Hermógenes Pérez de Arce (1996) es muy clara cuando dice que aunque “ellos”, los destinatarios, estén tan visiblemente equivocados, no por eso, reflexionamos, se les debiera tildar de “idiotas”. Idiotez a la que, además, no han escapado los autores del libro. En efecto, aparecen citados Plinio Apuleyo Mendoza, en 1971, propiciando la revolución socialista en América; Carlos Alberto Montaner pronosticando, en 1959, tras el ascenso de Fidel Castro, que a Cuba le espera un futuro de libertad y prosperidad “como la Isla nunca ha conocido”; Álvaro Vargas Llosa manifestando frente a la Casa Blanca, en 1984, y coreando: “US out of El Salvador! US out of El Salvador!”; y su padre, el prologuista y presentador, el mismísimo Mario, profetizando, en 1967, con entera certidumbre: “Dentro de diez, veinte o cincuenta años habrá llegado a todos nuestros países, como ahora a Cuba, la hora de la justicia social y América Latina entera se habrá emancipado del imperio que la saquea, de las castas que la explotan, de las fuerzas que hoy la ofenden y la reprimen.”

De ahí que invitemos a los lectores a profundizar también en este libro, más allá de lo desafortunado de su título, como un complemento a nuestro propio estudio. Después de todo, aquí no encontrará datos contundentes como los que allí se esbozan como el subsidio de cien mil millones de dólares recibido por Cuba de la Unión Soviética a lo largo de tres décadas o la tentación de reproducir el pronóstico genial del “Che” Guevara en 1961, al anunciar las nuevas políticas económicas de la Cuba socialista y sus resultados previsibles: “¿Qué piensa tener Cuba en el año 1980? Pues un ingreso neto per cápita de unos tres mil dólares. Más que Estados Unidos.” Todo un profeta.



La reseña de Hermógenes Pérez de Arce (1996) resume nuestra posición sobre lo dicho más arriba por Galeano. El gran mito cubano queda mal parado ante las cifras y al ser confrontado con las realidades. El lugar común de “salud y educación”, como los logros castristas que permiten soslayar los tremendos problemas económicos y de falta de libertad de la isla, queda desprovisto de verdad cuando se demuestra que otras naciones del hemisferio, sin pagar esos costos, avanzan aceleradamente en el tema sanitario y educacional. Y los autores se preguntan, desde luego, si es una “educación” deseable la que está constreñida a la enseñanza dogmática de una sola ideología; vigilada y limitada para no abandonar los rígidos cánones impuestos desde el gobierno.

En cuanto a los logros en salud, se han convertido en una broma de mal gusto: la población cubana hoy día, sufriende de avitaminosis y neuritis óptica, debidas a la pobreza de la alimentación; hospitales carentes de los elementos quirúrgicos esenciales, por un lado, mientras, por otro, y en un rasgo típico de la asignación irracional de recursos propia de la planificación socialista, cuenta con un médico por cada 225 habitantes, mientras Dinamarca, por ejemplo, modelo de sistema de salud exitoso, tiene uno por cada 450.

Caído el mito cubano, las comparaciones resultan casi crueles. Por ejemplo, con la cercana Puerto Rico, que ha seguido un camino inverso al de Cuba: en 1959, cuando comenzó la revolución en Cuba, ambos países tenían aproximadamente el mismo ingreso per cápita. “Treinta y siete años más tarde los puertorriqueños tienen diez veces el per cápita de los cubanos.”

### *2.5 La estructura contemporánea del despojo*

Dice Galeano (1971, pág. 267) que “[c]uando Lenin escribió, en la primavera de 1916, su libro sobre el imperialismo, el capital norteamericano abarcaba menos de la quinta parte del total de las inversiones privadas directas, de origen extranjero, en América Latina. En 1970, abarca cerca de las tres cuartas partes. El imperialismo que Lenin conoció —la rapacidad de los centros industriales a la búsqueda de mercados mundiales para la exportación de sus mercancías; la fiebre por la captura de todas las fuentes posibles de materias primas; el saqueo del hierro, el carbón, el petróleo; los ferrocarriles articulando el dominio de las áreas sometidas; los empréstitos voraces de los monopolios financieros; las expediciones militares y las guerras de conquista— era un imperialismo que regaba con sal los lugares donde una colonia o semicolonía hubiera osado levantar una fábrica propia. La industrialización, privilegio de las metrópolis,

resultaba, para los países pobres, incompatible con el sistema de dominio impuestos por los países ricos. (...) A partir de la Segunda Guerra Mundial se consolida en América Latina el repliegue de los intereses europeos, en beneficio del arrollador avance de las inversiones norteamericanas”.

Y luego Galeano (1971, pág. 269) se pregunta: “¿Qué suerte correría el Imperio sin el petróleo y los minerales de América Latina? Pese al descenso relativo de las inversiones en minas, la economía norteamericana no puede prescindir (...) de los abastecimientos vitales y las jugosas ganancias que le llegan desde el sur. Por lo demás, *las inversiones que convierten a las fábricas latinoamericanas en meras piezas del engranaje mundial de las corporaciones gigantes no alteran en absoluto la división internacional del trabajo. No sufre la menor modificación el sistema de vasos comunicantes por donde circulan los capitales y las mercancías entre los países pobres y los países ricos. América Latina continúa exportando su desocupación y su miseria: las materias primas que el mercado mundial necesita y de cuya venta depende la economía de la región y ciertos productos industriales elaborados, con mano de obra barata, por filiales de las corporaciones multinacionales. El intercambio desigual funciona como siempre: los salarios de hambre de América Latina contribuyen a financiar los altos salarios de Estados Unidos y Europa.*”

Nuevamente vemos aquí una combinación de aciertos y desaciertos. En primer lugar, debemos reconocer que desde aquella famosa frase “América para los americanos” que está detrás de la Doctrina Monroe, se estableció que cualquier intervención de los estados europeos en América sería vista como un acto de agresión que requeriría la intervención de Estados Unidos. En la tercera sección ahondaremos precisamente en cómo ciertas políticas imperialistas comenzaron a desarrollarse a partir de 1914.

Dicho ello, esto no significa que el comercio entre Estados Unidos y América Latina desarrollado durante todo el siglo pasado deba ser visto como una política de saqueo, ni que los insumos provistos por América Latina eran el requisito para que Estados Unidos se convirtiera en la potencia económica que hoy es. Si Estados Unidos fue la fábrica del mundo en el siglo xx, China constituye la nueva fábrica del mundo en el siglo xxi. China demanda insumos de América Latina, como en su momento lo hizo Estados Unidos. Si un país se rehúsa por cuestiones culturales a comerciar con la principal fábrica del mundo –sea esta norteamericana o china–, entonces tiene mucho más que perder la economía pequeña que la grande. Basta comparar a Cuba con Puerto Rico para notar los resultados a partir de la revolución y el aislamiento del primero, para comprender las consecuencias de esa política.

De ser necesario, con la excepción de los metales, todos los productos –y claramente todos los mercados– pueden ser sustituidos. Un buen ejemplo lo constituye hoy el mercado de la carne en Argentina, reconocida por su buena calidad. El gobierno argentino ha impuesto controles a la exportación de carne para estimular su consumo interno, lo cual se ha convertido en una enorme oportunidad para Uruguay y Brasil de ganar mercados, a pesar de su inferior calidad. Está claro que el producto no es el mismo, pero ante ciertas restricciones la función empresarial siempre encontrará alternativas.

Por otro lado, hay que decir que el dato es engañoso. Estados Unidos en 1916 no se había constituido aún como la fábrica del mundo, ni pasó a tener la posición de acreedor que alcanzó después de la Segunda Guerra Mundial. Si miramos el intercambio de Estados Unidos con otras regiones como Europa o Asia en ese mismo período entre 1916 y 1970, observaremos que la expansión del comercio creció a un ritmo similar. Incluso entre los mismos estados dentro de los Estados Unidos, el comercio se aceleró fuertemente junto con su desarrollo.

En el extremo, cada hombre que trabaja en un mundo globalizado forma parte del engranaje mundial necesario para producir los bienes y servicios que consumimos. Pero mientras estos intercambios sean voluntarios, en un sistema de división internacional del trabajo, cada individuo que participa gana. Se trata de un juego de suma positiva.

Galeano descarga luego su antipatía con el Fondo Monetario Internacional, que, como siempre, la izquierda identifica con una herramienta fundamental del orden internacional vigente, y a sus recetas, como útiles para que los *conquistadores extranjeros entraran pisando tierra arrasada*. Concluye Galeano (1971, pág. 286) que “desde fines de la década del cincuenta, la recesión económica, la inestabilidad monetaria, la sequía del crédito y el abatimiento del poder adquisitivo del mercado interno han contribuido fuertemente en la tarea de voltear a la industria nacional y ponerla a los pies de las corporaciones imperialistas”, además de generar lo que los economistas llaman, y también Galeano (1971, pág. 305) la *explosión de la deuda*, ese “círculo vicioso de la estrangulación”.

Los liberales, sin embargo, se han mantenido siempre críticos de esta institución y los empréstitos que otorga a los países, aun cuando a cambio de los mismos promueva ciertas políticas que consideramos acertadas. El punto lo ha dejado muy claro Henry Hazlitt en un libro titulado *La conquista de la pobreza* (1974, pág. 194): “Si no existiese la ayuda exterior, los gobiernos que hoy la reciben encontrarían aconsejable tratar

de atraer la inversión privada extranjera. Para hacerlo, tendría que abandonar la política socialista e inflacionaria, el control de cambios y las prohibiciones de sacar dinero del país; renunciar a la continua presión sobre los negocios privados, a la legislación laboral restrictiva y a los impuestos discriminatorios, y dar seguridades contra la nacionalización, la expropiación y la confiscación.”

De ello se deduce que tanto los defensores como los críticos del capitalismo abogan por el fin del Fondo Monetario Internacional. Una extensa literatura ha reconocido los errores del FMI en la crisis argentina de 2001 y también en otros países, pero la crítica teórica sobre esta institución, especialmente por su efecto perverso sobre los incentivos a alcanzar una buena política económica, viene de más de medio siglo atrás.

Dicho esto, afirmar que el FMI y otros organismos multilaterales de crédito han trabajado para preparar una división internacional del trabajo en que –como dice Galeano (1971, pág. 15) en la apertura de su libro–, “unos países se especializan en ganar y otros en perder”, me parece un exceso.

Solo nos queda señalar que la incapacidad de América Latina para crear una industria fuerte jamás la encontraremos en Estados Unidos, ni en ningún colonialismo, sino en el fracaso continuo del intervencionismo y en la mala calidad institucional que refleja la política económica de nuestras naciones.

Me he preguntado muchas veces qué hubiera sido de la vida de Steve Jobs si en lugar de trabajar en el garaje de una casa en Estados Unidos, lo hubiera hecho en un garaje de Cuba. No me cabe duda de que todas sus ideas habrían conformado buenas conversaciones y sueños a compartir con amigos, pero jamás habrían salido de su mente, o del mismísimo taller.

## 2.6 *El capital y la invasión de los bancos*

No podía dejar de tratar el autor “la invasión de los bancos” (1971, pág. 289), explicando que “[l]a canalización de los recursos nacionales en dirección a las filiales imperialistas se explica en gran medida por la proliferación de las sucursales bancarias norteamericanas que han brotado, como los hongos después de la lluvia, durante estos últimos años, a lo largo y a lo ancho de América Latina. La ofensiva sobre el ahorro local de los satélites está vinculada al crónico déficit de la balanza de pagos de los Estados Unidos, que obliga a contener las inversiones en el extranjero, y al dramático deterioro del dólar como moneda del mundo. *América Latina proporciona la saliva además de la comida, y los Estados Unidos se limitan a poner la boca. La desnacionalización de la industria ha resultado un regalo*”.

Nosotros, sin embargo, pensamos que *el capital no tiene patria*. En un mundo globalizado nadie desea ni necesita tener sus empresas operando en el país en el que reside. Quien posee capital solo piensa en multiplicarlo, y por ello lo dirigirá a aquel lugar donde encuentre el máximo retorno y el menor riesgo. Son *empresas multinacionales* o, en este caso, bancos internacionales, porque no pertenecen a ninguna nación. Pueden tener la casa matriz en el país donde fueron fundadas, pero se trata de firmas que no solo se establecen en su país de origen, sino que también tienen presencia en otros, no solo en la venta de sus productos sino con establecimientos que elaboran sus productos.

América Latina es en este sentido un mundo de oportunidades, con enorme potencial para la inversión extranjera, sin embargo, el riesgo de nacionalización y expropiación es tan grande, que los capitales exigen retornos altísimos para hundir en nuestra región su capital.

El desafío está en construir *instituciones* sólidas, un término ignorado o incomprendido en la región. Siguiendo a Douglass North (1990) “[I]as *instituciones* no son personas, *son costumbres y reglas* que *proveen un conjunto de incentivos y desincentivos* para individuos. Implican un mecanismo para *hacer cumplir los contratos*, sea personal, a través de códigos de comportamiento, sea a través de terceros que controlan y monitorean. Debido a que, en último término, la acción de terceros siempre implica al estado como fuente de coerción, la teoría de las instituciones incluye un análisis de las estructuras políticas de la sociedad y el grado en que estas proveen un marco para que el ‘hacer cumplir’ –*enforcement*– sea efectivo. *Las instituciones surgen y evolucionan por la interacción de los individuos*. La creciente especialización y división del trabajo en la sociedad es la fuente básica de esta evolución institucional”.

De ahí que nosotros enfatizamos que el principal desafío de América Latina es institucional, y esto no es algo que se pueda imponer desde el estado, más allá de que se puede importar una constitución y cierta legislación de países donde las instituciones son más sólidas, sino que debe darse cierta evolución institucional hacia el respeto por la propiedad, la integración comercial y los intercambios libres y voluntarios.

Volviendo sobre la *invasión de los bancos*, en un sentido contrario al de Galeano, afirma Henry Hazlitt (1973, pág. 182) que “en cualquier país atrasado hay actividades potenciales, ‘oportunidades de inversión’, casi ilimitadas, ante todo por falta de capital para iniciarlas. Es esta falta de capital lo que hace tan difícil para el país ‘subdesarrollado’ salir del pozo

de su penuria. El capital exterior puede acelerar enormemente su ritmo de mejora”. Expulsar a los bancos o limitar sus operaciones, tan solo puede agregar restricciones a la función empresarial, y con ello se hunde un poco más en la pobreza a la sociedad latinoamericana.

### 3. El análisis político, las instituciones y el principio de no intervención

Si es un mito pensar que la riqueza del pueblo de Estados Unidos es la contrapartida de la pobreza de América Latina, entonces debemos dar una respuesta adicional a la causa del desarrollo económico norteamericano. Después de todo, Galeano no pudo escapar al pensamiento mercantilista del siglo XVI y XVII, alegando en el siglo XX que en los metales y productos saqueados se encuentra la riqueza misma.

Adam Smith justamente titula su obra maestra *La riqueza de las naciones* (1776) para señalar *el error mercantilista de que la riqueza está en los metales*, y explicar, más bien, que *la riqueza de una sociedad está en los bienes materiales que se puedan producir*. Más tarde la literatura extenderá el análisis de Adam Smith también a los servicios, e incorporará nuevos aportes de varios autores como Frank Knight –separando la incertidumbre del riesgo–, Ludwig von Mises –advirtiendo del carácter subjetivo del capital–, Joseph Schumpeter –enfaticando el rol de la innovación– o Israel Kirzner (1973) –concentrando la atención en la creatividad empresarial–, por tomar algunos de los autores más destacados en el campo.

Al respecto, ni Marx ni Galeano le otorgan al empresario el valor que merece en el proceso de producción, ni les parece justa la retribución correspondiente a la creatividad que origina un proyecto de inversión, aspecto que posiblemente encuentra su causa en la *teoría objetiva del valor* en la que basan su estudio. Quizás lo más curioso del análisis comparado entre el capitalismo y el socialismo, es que de sustituir el segundo al primero, se supondrá una *sustitución de la planificación descentralizada de millones de personas por la planificación centralizada de unas pocas*, quienes a través de mandatos intentarán imponer a la sociedad un orden ajeno a la voluntad de los individuos, tal como ocurrió en Cuba o Rusia, o en cualquier nación donde estas ideas intentaron ser impuestas.

Lo cierto es que la función empresarial, por su carácter creativo, *crea valor* y solo en ella uno puede encontrar explicación al bienestar de un pueblo.

A continuación estudiaremos la arquitectura institucional que surge en Estados Unidos tras su declaración de independencia en 1776, pues solo

ella puede explicar el *American way of life* y el milagroso desarrollo que esta nación joven pudo disfrutar durante el siglo XIX y principios del siglo XX.

### 3.1 *Arquitectura institucional de Estados Unidos*

Consistente con el análisis de McCloskey reseñado más arriba para explicar el desarrollo económico europeo, Alberto Benegas Lynch (h) resume en cinco elementos el *American way of life*: respeto, generosidad, realización, religiosidad y libertad. “La columna vertebral sobre lo que estuvo asentado todo el esqueleto estadounidense es el sentido del respeto recíproco. Que el fuero personal de cada uno es inviolable y que las personas pueden hacer de sus vidas lo que les plazca, siempre y cuando no lesionen derechos de terceros” (Benegas Lynch, 2008, pág. 27).

El quinto de los elementos, *la libertad*, implicó una *desconfianza en el poder político*, lo que llevó a los primeros norteamericanos a aprender de las lecciones europeas y crear un dique de contención ante los excesos públicos, dique que más tarde se verá desbordado y que amenaza con terminar con este estilo de vida en el siglo XXI.

Al respecto, los *padres fundadores* (Benjamin Franklin, George Washington, John Adams, Thomas Jefferson, John Jay, James Madison, Thomas Paine y Alexander Hamilton) desarrollaron una *arquitectura institucional basada en ocho elementos para detener la amenaza del poder político contra la vida, la libertad, la propiedad, la libertad de expresión, la prensa libre, la libertad de culto y de reunión y otros derechos fundamentales*: “en primer lugar, la noción misma de los derechos de las personas y la consiguiente arquitectura del gobierno para preservarlos basada en la división de poderes, en el contralor recíproco y en el modo de elegir a cada uno de los integrantes de los distintos departamentos. En segundo término la concepción sobre la guerra y las fuerzas armadas. Tercero, la libertad de prensa. Cuarto, la instauración del debido proceso. Quinto, la oficialización de lo ya mencionado en cuanto a la separación entre las iglesias y el estado y la consecuente libertad de culto. Sexto, la tenencia y portación de armas. Séptimo, el resguardo de la privacidad, y octavo, el federalismo” (Benegas Lynch, 2008, pág. 29).

No tendremos espacio aquí para desarrollar los ocho elementos, pero sí profundizaremos en dos de ellos. Primero, en el *federalismo estadounidense*, definido como un sistema de gobierno en el que las facultades y los poderes, se ejercitan de modo concurrente entre el gobierno central y los estados miembros con esferas bien definidas y establecidas constitucionalmente. Los



*padres fundadores* se preocuparon por crear un marco institucional en el que los estados miembros competían sin restricciones para atraer inversiones y poblaciones a través del manejo independiente de su política tributaria. Esto aseguraba cierto “voto con los pies”, y cada individuo o empresa tenía libertad para movilizarse en función del nivel de impuestos que deseaba pagar y el nivel de servicios públicos que quería recibir –dentro de los límites de la oferta de los distintos estados.

Esta competencia horizontal entre estados aseguró incentivos para mantener un gasto público limitado; de otro modo, incrementaban el costo tributario y ahuyentaban a las empresas, con su consecuente generación de empleo.

El segundo punto tiene que ver con la guerra, las fuerzas armadas y, en términos más generales, la *política exterior*. Al respecto, George Washington decía en 1796, en ejercicio de la Presidencia de la nación, que “[e] stablecimientos militares desmesurados constituyen malos auspicios para la libertad bajo cualquier forma de gobierno y deben ser considerados como particularmente hostiles a la libertad republicana”. En el mismo sentido, Madison anticipó que “[e]l ejército con un Ejecutivo sobredimensionado no será por mucho un compañero seguro para la libertad” (citados por Benegas Lynch, 2008, pág. 39).

Durante mucho tiempo el gobierno de Estados Unidos fue reticente a involucrarse en las guerras a las que fue invitado. Robert Lefevre (1954/1972, pág. 17) escribe que entre 1804 y 1815 los franceses y los ingleses insistieron infructuosamente para que Estados Unidos se involucrara en las Guerras Napoleónicas; lo mismo ocurrió en 1821, cuando los griegos invitaron al gobierno estadounidense a que envíe fuerzas en las guerras de independencia; en 1828 Estados Unidos se mantuvo fuera de las guerras turcas; lo mismo sucedió a raíz de las trifulcas austríacas de 1848, la Guerra de Crimea en 1866, las escaramuzas de Prusia en 1870, la Guerra Chino-Japonesa de 1894, la Guerra de los Bóeres en 1899, la invasión de Manchuria por parte de los rusos y el conflicto ruso-japonés de 1903, en todos los casos, a pesar de pedidos expresos para tomar cartas en las contiendas.

Volviendo sobre la pregunta central de este apartado, esto es, sobre las causas del crecimiento económico norteamericano, no podemos desconocer el impacto de la inmigración, pero sin un marco institucional adecuado –provisto por la Constitución, la división de poderes, el federalismo, la estabilidad monetaria que implicaba el patrón oro clásico, ciertas reglas fiscales o el mismo principio de no intervención en política exterior–, no



solo menos personas se habrían sentido estimuladas a abandonar Europa y asentarse en Estados Unidos, sino que incluso el impulso empresarial habría sido menor. La función empresarial encontró en Estados Unidos la calidad institucional que hacía tiempo se había perdido en varios países de Europa.

### 3.2. *El comienzo de la declinación*

El abandono del legado de los *padres fundadores* comienza a darse con el inicio de la Primera Guerra Mundial. No solo comienza un abandono de la política exterior de *no intervención*, sino que también se observa un estado creciente, más intervencionista y un paulatino abandono del patrón oro y del federalismo. El poder ejecutivo comenzó a ejercer poco a poco una creciente autonomía, y a pesar de las provisiones constitucionales en contrario opera con una clara preeminencia sobre el resto de los poderes, avasallando las facultades de los estados miembros.

Lefevre escribe que desde la Primera Guerra Mundial en adelante “la propaganda ha conducido a aceptar que nuestra misión histórica [la estadounidense] en la vida no consiste en retener nuestra integridad y nuestra independencia y, en su lugar, intervenir en todos los conflictos potenciales, de modo que con nuestros dólares y nuestros hijos podemos alinear al mundo (...) La libertad individual sobre la que este país fue fundado y que constituye la parte medular del corazón de cada americano [estadounidense] está en completa oposición con cualquier concepción de un imperio mundial, conquista mundial o incluso intervención mundial (...) En América [del Norte] el individuo es el fundamento y el gobierno un mero instrumento para preservar la libertad individual y las guerras son algo abominable. (...) ¿Nuestras relaciones con otras naciones serían mejores o peores si repentinamente decidiéramos ocuparnos de lo que nos concierne?” (Lefevre, 1954/1972, págs. 18-19).

A partir de las dos guerras mundiales y la gran depresión de los años treinta se nota un quiebre en la política internacional americana respecto de su política exterior. De ser el máximo opositor a la política imperialista, pasó a crear el imperio más grande del siglo xx. Pero no se trató solo de la política exterior. Robert Higgs (1989) desarrolló su teoría del efecto trinquete (o “*ratchet effect*”) para mostrar que cada vez que el gobierno crece a través de una guerra o crisis, la disminución de los gastos después de la guerra no es suficiente para hacer que el nivel de gasto básico retorne al nivel previo (Ravier y Bolaños, 2013, pág. 66). Esto significa que introducirse en

conflictos bélicos no solo llevó a Estados Unidos a abandonar el *principio de no intervención*, sino que también lo llevó a abandonar el gobierno limitado, y su significativa carga tributaria sobre la economía de mercado.

De ahí que Galeano (1971, pág. 309) guarde plena razón cuando critica la política proteccionista norteamericana: “Del mismo modo que desalientan fuera de fronteras la actividad del estado, mientras dentro de fronteras el estado norteamericano protege a los monopolios mediante un vasto sistema de subsidios y precios privilegiados, los Estados Unidos practican también un agresivo proteccionismo con tarifas altas y restricciones rigurosas, en su comercio exterior.”

Y es que se trata de un paquete. Si Estados Unidos abandona el *principio de no intervención* y decide participar activamente en los conflictos bélicos, entonces no puede depender de la importación de alimentos para abastecer el consumo local. *No hay un argumento económico para los subsidios, sino un argumento político*, fundado esencialmente en la política imperialista.

A partir de allí ya no hubo retorno. Alberto Benegas Lynch (h) (2008) es muy gráfico al enumerar las intromisiones militares en el siglo XX en que Estados Unidos se vio envuelto, las que incluye a Nicaragua, Honduras, Guatemala, Colombia, Panamá, República Dominicana, Haití, Irán, Corea, Vietnam, Somalia, Bosnia, Serbia-Kosovo, Iraq y Afganistán. Esto generó en todos los casos los efectos exactamente opuestos a los declamados, pero, como queda dicho, durante la administración del segundo Bush, la idea imperial parece haberse exacerbado en grados nunca vistos en ese país, aún tomando en cuenta el establecimiento anterior de bases militares en distintos puntos del planeta, ayuda militar como en los casos de Grecia y Turquía o intromisiones encubiertas a través de la CIA.

Poco a poco Estados Unidos fue copiando el modelo español. Copió su proteccionismo, luego su política imperialista, y ahora hacia comienzos del siglo XXI su estado de bienestar, el que ya deja al gobierno norteamericano con un estado gigantesco, déficits públicos récord y una deuda que supera el 100% del PIB (Ravier y Lewin, 2012).

El estudio de William Graham Sumner (1899/1951, págs. 139-173) nos es de suma utilidad al comparar el imperialismo español con el actual norteamericano, aun cuando sorpresivamente su escrito tiene ya varias décadas: “España fue el primero (...) de los imperialismos modernos. Los Estados Unidos, por su origen histórico, y por sus principios constituye el representante mayor de la rebelión y la reacción contra ese tipo de estado. Intento mostrar que, por la línea de acción que ahora se nos propone,

que denominamos de expansión y de imperialismo, estamos tirando por la borda algunos de los elementos más importantes del símbolo de América [del Norte] y estamos adoptando algunos de los elementos más importantes de los símbolos de España. Hemos derrotado a España en el conflicto militar, pero estamos rindiéndonos al conquistado en el terreno de las ideas y políticas. El expansionismo y el imperialismo no son más que la vieja filosofía nacional que ha conducido a España donde ahora se encuentra. Esas filosofías se dirigen a la vanidad nacional y a la codicia nacional. Resultan seductoras, especialmente a primera vista y al juicio más superficial y, por ende, no puede negarse que son muy fuertes en cuanto al efecto popular. Son ilusiones y nos conducirán a la ruina, a menos que tengamos la cabeza fría como para resistirlas.”

Y más adelante agrega (1899/1951, págs. 140-151): “Si creemos en la libertad como un principio americano [estadounidense] ¿por qué no lo adoptamos? ¿Por qué lo vamos a abandonar para aceptar la política española de dominación y regulación?”

---

## Reflexiones finales

Hemos hecho un esfuerzo en este ensayo por condensar en unas pocas páginas una enorme literatura de signo contrario al compilado en *Las venas abiertas de América Latina*, no con el ánimo de convencer a Galeano y sus seguidores de nuestra posición, sino para ofrecer al lector latinoamericano una fuente de información en la que indagar para descubrir una línea de pensamiento alternativa al anti-capitalismo dominante.

El lector que haya recorrido estas páginas atentamente comprenderá que para nosotros ese *anti-capitalismo* que se refleja en *Las venas* es la causa de nuestros males, lo que en el siglo XXI también está afectando a Estados Unidos y a la Unión Europea.

Si bien sentimos haber perdido al *benchmark* práctico liberal que supo ser Estados Unidos durante mucho tiempo, y si bien reconocemos hoy en Norteamérica cierta política imperialista, no leemos el mundo del mismo modo que Galeano, y no pensamos que su política exterior, o las empresas multinacionales y bancos, estén en el siglo XXI absorbiendo nuestra riqueza.

Por el contrario, el mundo está necesitando ahora más que nunca, de la integración y del proceso de globalización, para compensar los efectos perversos del intervencionismo creciente. Afortunadamente, las locomotoras China y la India han resultado ser ese contrapeso en los últimos años,

empujando al mundo tras ellos, inundando los mercados con productos industrializados a precios bajos, y en especial para América Latina, demandando sus insumos y alimentos. Pero ese desarrollo tiende a decaer, y tanto Europa como Estados Unidos no logran, y quizás ni siquiera buscan por el momento, abandonar el estado de bienestar cuyo costo las empresas locales ya no pueden soportar.

En un mundo globalizado ya no hay ellos y nosotros. Debemos intentar abandonar las fronteras políticas, e integrarnos pacíficamente como un solo pueblo, más allá de nuestras obvias diferencias culturales.

En definitiva, Galeano nos deja una propuesta, que se resume en un camino de violencia y sangre. Nosotros, intentamos dar un mensaje de esperanza, porque queda otro camino para alcanzar la libertad, y este es un camino pacífico, que depende del intercambio voluntario, del ahorro, de la división del trabajo y de la cooperación social espontánea. No tenemos que abandonar el capitalismo, solo debemos purificarlo.

## Bibliografía

Apuleyo Mendoza, Plinio, Carlos Alberto Montaner, y Álvaro Vargas Llosa. *Manual del perfecto idiota latinoamericano*. Barcelona: Editorial Atlántida, 1996.

Ayau Cordón, Manuel F. *Un juego que no suma cero*. Guatemala: CEES, Universidad Francisco Marroquín, 2006.

Benegas Lynch (H), Alberto. “Bienes públicos, externalidades y los *free-riders*: el argumento reconsiderado”. *Estudios Públicos* no. 71 (1998).

-----, *Estados Unidos contra Estados Unidos*. México: Fondo de Cultura Económica, México, 2008.

Coase, Ronald H. “The Lighthouse in Economics”. *The Journal of Law and Economics* no. 17 (octubre 1974).

-----, “The Problem of Social Cost”. *The Journal of Law and Economics* no. 3 (octubre 1960).

Cowen, Tyler (ed.). *The Theory of Market Failure*, Fairfax, Virginia: George Mason University Press, 1998.

Fernández de Oviedo, Gonzalo. *Historia general sobre las Indias*. Madrid, 1959.

Flynn, John T. *The decline of the American Republic*, Nueva York: The Devin-Adair Company, 1955.

Galeano, Eduardo. *Las venas abiertas de América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI, Biblioteca Eduardo Galeano, 1ra. edición, 1ra. reimpresión, 2010 [1971].

Hayek, Friedrich A. (ed.). *Collectivist Economic Planning*. Londres: Routledge & Sons, 1935. Reeditado por Clifton Augustus M. Kelley, 1975 [1935].

-----, “The use of knowledge in society”. *American Economic Review* no. 35 (1945): 519-30.

-----, “El significado de la competencia”. *Libertas* no. 13 (octubre 1990) [1946].

-----, *Individualism and Economic Order*. Chicago: Gateway Edition, Henry Regnery, 1972.

Hazlitt, Henry. *La conquista de la pobreza*. Madrid: Biblioteca de la Libertad, Unión Editorial, 1974.

-----, *La economía en una lección*. Madrid: Unión Editorial, 1973 [1946].

Huerta de Soto, Jesús. *Socialismo, cálculo económico y función empresarial*. Madrid: Unión Editorial, 1992.

Johnson, Paul. *A history of the modern world*. Londres: Weidenfeld and Nicholson, 1983.

Kirzner, Israel M. *Competition and Entrepreneurship*. Chicago: The University of Chicago Press, 1973.

Lefevre, Robert. "From that days to this". *Faith and Freedom* vol. V, no. 8 (abril 1954/1972).

Mazzina, Constanza. "¿Qué es la libertad?" *Laissez Faire* no. 26-27 (marzo-septiembre 2007).

McCloskey, Deirdre (2010a). *Bourgeois Dignity: A Revolution in Rhetoric*. Lead Essay. Cato Unbound, 2010.

----- (2010b), *Bourgeois Dignity: Why Economics Can't Explain the Modern World*. Chicago: University of Chicago Press, 2010.

----- (2010c). *Language and Interest in the Economy: A White Paper on "Humanomics"*. Chicago: University of Chicago Press, 2010.

Mises, Ludwig von. *Socialismo*. Madrid: Unión Editorial, 1968 [1922].

-----, *Liberalismo*. Madrid: Unión Editorial, 1982 [1927].

-----, *La acción humana: Tratado de Economía*, 4ta. ed. Madrid: Unión Editorial, 1986 [1966].

-----, *Teoría e Historia*. Madrid: Unión Editorial, 1975 [1957].

-----, *La mentalidad anticapitalista*. Madrid: Unión Editorial, 2011 [1979].

North, Douglass. "La nuevas economía institucional". *Libertas* no. 12, (mayo 1990).

Pérez de Arce, Hermógenes. Reseña del *Manual del perfecto idiotia lationamericano*. *Estudios Públicos* no. 62 (otoño 1996): 329-335.

Rand, Ayn. *La virtud del egoísmo*. Buenos Aires: Grito Sagrado, 2006 [1961].

Ravier, Adrián O. "James M. Buchanan y el análisis económico de la política". *Laissez Faire* no. 30-31 (marzo-septiembre 2009).

-----, *En busca del pleno empleo. Estudios de macroeconomía austriaca y economía comparada*. Madrid: Biblioteca Austriaca, Unión Editorial, 2010.

-----, Reseña de *Socialismo, cálculo económico y función empresarial*. *Cuadernos de Economía Política* vol. 30, no. 54 (2011).

-----, *La globalización como un proceso espontáneo*. Madrid: Biblioteca Austriaca, Unión Editorial, 2012.

-----, y Lewin, Peter. "The Subprime Crisis". *The Quaterly Journal of Austrian Economics* vol. 15, no. 1, (primavera 2012): 45-74.

-----, y Bolaños, Stefany. "Fundamentos de la expansión del Estado moderno en el siglo xx". *Criterio Libre* vol. 11, no. 18 (2012): 55-72.

Read, Leonard. “Yo, el lápiz”. *The Freeman, Ideas on Liberty* vol. 45, no. 5 (mayo 1996).

Rothbard, Murray N. “Monopolio y competencia”. *Libertas* no. 34 (mayo 2001) [1962].

-----. *La ética de la libertad*. Madrid: Unión Editorial, 1995 [1982].

-----. *Historia del pensamiento económico*, vols. 1 y 2. Madrid: Unión Editorial, 1999 [1995].

Smith, Adam. *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*. México: Fondo de Cultura Económica, 1958 [1776].

Sumner, William Graham. *The Conquest of the United States by Spain and other Essays*. Chicago: Henry Regnery, M. Polner (eds.), 1899/1951.

Thomsen, Esteban F. “Precios e información”. *Libertas* no. 11 (1989).

Zanotti, Gabriel. “La filosofía política de Ludwig von Mises”. *Procesos de Mercado* vol. VII, no. 2 (otoño 2010): 109-145.

a  
d  
d  
e  
r  
r  
b  
i  
a  
t  
r  
a  
i  
e  
a  
d  
e  
a  
i  
e  
a  
d  
e  
a  
d  
a  
b  
d  
a  
a